

Después de este sublime ¡ah!, Diana inclinó la cabeza, la apoyó en la mano y permaneció fría, inmóvil, implacable, como deben ser los ángeles, que no participan de ninguno de los sentimientos humanos. Cuando Victoriano vió á aquella mujer en esta terrible postura, olvidó su peligro. ¿No acababa de maltratar á la criatura más angelical del mundo? El joven conde quería á toda costa su perdón, y arrojándose á los pies de Diana de Maufrigneuse los besó, imploró, lloró. El desgraciado permaneció allí dos horas haciendo mil locuras, pero se halló siempre con un rostro frío y unos ojos de los que brotaban lágrimas, gruesas y silenciosas, lágrimas que eran enjugadas en seguida, á fin de impedir que el indigno amante las recogiese. La duquesa fingía uno de esos dolores que hacen á las mujeres augustas y sagradas. Dos horas más sucedieron á aquellas dos primeras horas, y entonces el joven conde logró la mano de Diana, pero la encontró fría y sin alma. Aquella hermosa mano, llena de tesoros, parecía de madera, no expresaba nada: él la había cogido, pero no le había sido dada. El joven ya no vivía, ya no pensaba, no había visto el sol. ¿Qué hacer? ¿qué resolver? ¿qué decidir? En esta clase de ocasiones, para conservar la sangre fría el hombre debe estar constituido como aquel forzado que, después de haber robado durante toda la noche las medallas de oro de la biblioteca real, va por la mañana á rogar á su honrado hermano que las funda, y al oír que le dice: *¿Qué es preciso hacer?* él responde:—*Hazme café.* Pero Victoriano cayó en un estupor cuyas tinieblas envolvieron su espíritu, y sobre aquellas brumas grises pasaban, cual aquellas figuras que Rafael ha pintado en fondos negros, las voluptuosas imágenes de las que era preciso despedirse. Inexorable y despreciativa, la duquesa jugaba con una punta de su chal dirigiendo irritadas miradas á Victoriano; coqueteaba con sus recuerdos mundanos y hablaba á su amante de sus rivales, como si su cólera la decidiese á reemplazar por uno de estos á un hombre capaz de desmentir en un momento diez y ocho meses de amor.

—¡Ah!—decía ella—no sería capaz seguramente ese encantador Félix de Vandenesse de permitirse una cosa semejante con la señora de Mortsauf, á quien tan fiel es. De Marsay, ese terrible de Marsay á quien todo el mundo encuentra tan feroz, es uno de esos hombres enérgicos que

se muestran rudos con los hombres, pero que guardan todas sus delicadezas para con las mujeres. Montriveau aplastó con el pie á la duquesa de Langeais, como Otello mató á Desdémona, en un acceso de cólera que demostró al menos el exceso de su amor; pero aquello no era mezquino como una disputa y había cierto placer en ser aplastado de este modo. A los hombres rubios, pequeños, raquíuticos y débiles les gusta atormentar á las mujeres, porque sólo pueden imperar sobre seres débiles; aman para tener una razón para creerse hombres. La tiranía del amor es su único medio de ejercer el poder.

Ella no sabía por qué se había puesto bajo el dominio de un hombre rubio. De Marsay, Vandenesse, Montriveau, aquellos hermosos morenos llevaban raudales de fuego en los ojos.

Aquello fué un diluvio de epigramas que pasaron silbando como balas. Diana dirigía tres flechas en cada palabra: humillaba, pinchaba y hería sola, como saben herir diez salvajes cuando quieren hacer sufrir al enemigo atado en un madero.

En un acceso de impaciencia, el conde gritó: *¡Está usted loca!* y salió, Dios sabe en qué estado. Guió su caballo como si no hubiese guiado nunca, chocó contra otros coches, dió contra un poyo en la plaza de Luis XV y marchó á la ventura sin saber á dónde. Su caballo, al sentirse en libertad, se encaminó por el muelle de Orsay á la cuadra. Al volver la calle de la Universidad, el coche fué detenido por José.

—Señor—dijo el anciano con espanto,—no puede usted volver á casa, porque ha estado allí la justicia para prenderle.

Victoriano atribuyó aquel arresto á la carta orden, que no había podido aún llegar á manos del fiscal, y no á sus verdaderas letras de cambio, que eran movidas hacia algunos días y puestas en escena por los alguaciles con acompañamiento de espías, jueces, comisarios de policía, gendarmes y otros representantes del orden social. Como la mayor parte de los criminales, Victoriano, que no pensaba ya más que en su crimen, exclamó:

—¡Estoy perdido!

—No, señor conde, siga usted adelante y encamínese al hotel del buen Lafontaine, sito en la calle de Grenelle.

Allí encontrará usted á la señorita Armada, que ha llegado, los caballos están enganchados, y ella le espera y le llevará á lugar seguro.

En medio de su turbación, Victoriano se agarró á aquella rama que ponían al alcance de su mano en el seno de aquel naufragio, y corriendo á la fonda, encontró y abrazó á su tía, que lloraba como una Magdalena: cualquiera hubiese dicho que era cómplice de las faltas de su sobrino. Ambos montaron en el coche, y algunos instantes después se hallaron fuera de París, en la carretera de Brest. Victoriano, anonadado, guardaba profundo silencio. Cuando la tía y el sobrino se hablaron, uno y otro fueron víctimas del fatal *quid pro quo* que había arrojado sin reflexión á Victoriano en brazos de la señorita Armada: el sobrino pensaba en la falsificación, la tía pensaba en las deudas y en las letras de cambio.

—Tía mía, lo sabe usted todo.

—Sí, pobre hijo mío, pero estamos nosotros aquí. En este momento no te reñiré, ármate de valor.

—Será preciso que me esconda.

—Tal vez. Sí, esa idea es excelente.

—Si yo pudiese entrar en casa de Chesnel sin ser visto, calculando la llegada para las doce de la noche...

—Sí, eso será mejor, y así podremos ocultárselo todo á mi hermano. ¡Pobre ángel mío! ¡cómo sufres!—dijo acariaciando á aquel indigno muchacho.

—¡Oh! ahora comprendo la deshonra, y esto ha aplacado mi amor.

—Desgraciado muchacho, ¡tanta felicidad y tanta miseria!

La señorita Armada sostenía sobre su pecho la abrasada cabeza de su sobrino y besaba su frente, sudorosa á pesar del frío, como debieron besar la frente del Cristo las mujeres santas en el momento de envolverlo en su sudario. Según sus excelentes cálculos, aquel hijo pródigo fué introducido nocturnamente en la apacible casa de la calle del Bercail; pero la casualidad hizo que al dar este paso fuese precisamente á meterse, como suele decirse, en la boca del lobo. Chesnel había entrado en tratos la víspera, en su despacho, con su primer pasante el señor Lepressoir, notario de los liberales, como lo era él de la aristocracia. Este joven pasante pertenecía á una familia bastante rica para poder entregar á Chesnel, á cuenta, la importante suma de cien mil francos.

—Con cien mil francos—se decía el anciano notario frotándose las manos—se pueden pagar muchas deudas. El joven tiene deudas usurarias; lo encerraremos aquí y yo me encargaré de ir á París á hacer capitular á esos perros.

Chesnel, el honrado Chesnel, el virtuoso Chesnel, el digno Chesnel, llamaba perros á los acreedores de su hijo adoptivo, del conde Victoriano. El futuro notario Lepressoir salía de la calle del Bercail cuando la calesa de la señorita Armada entraba en ella. La curiosidad propia en todo joven que hubiese visto en aquella villa y á aquella hora una calesa que se detenía á la puerta del anciano notario fué más que suficiente para que el primer pasante se escondiese en el quicio de una puerta, desde donde vió á la señorita Armada.

—¡La señorita Armada de Esgrignon á esta hora! ¿Qué pasará en casa de los Esgrignon?—se dijo.

Al ver á la señorita, Chesnel la recibió con mucho misterio; metiendo primero dentro de la casa la luz que llevaba en la mano. Al ver á Victoriano y al oír una palabra que la señorita Armada le dijo al oído, el buen hombre lo comprendió todo; examinó primero la calle, la halló silenciosa y tranquila, hizo una seña, y entonces el joven conde se trasladó de la calesa al patio de la casa. Todo estaba perdido. El escondite de Victoriano era conocido por el sucesor de Chesnel.

—¡Ah! señor conde—exclamó el notario cuando Victoriano estuvo instalado en un cuarto que daba al despacho de Chesnel, donde no se podía entrar más que pasando por encima del cuerpo del buen hombre.

—Sí, señor—respondió el joven comprendiendo la exclamación de su anciano amigo.—No he querido seguir sus consejos y me hallo en el fondo de un abismo en el que me será preciso perecer.

—No, no—dijo el buen hombre mirando triunfalmente al conde y á la señorita Armada,—he vendido mi notaría. Hacia ya mucho tiempo que trabajaba y que pensaba retirarme, y mañana tendré cien mil francos, con los cuales se pueden arreglar muchas cosas. Señorita, usted está cansada; suba al coche y vaya á acostarse.

—¿Estará aquí seguro?—respondió la solterona señalando á Victoriano.

—Sí—dijo el buen viejo.

Oída aquella contestación, la tía abrazó á su sobrino depositando algunas lágrimas en su frente, y partió.

—Mi buen Chesnel, ¿de qué servirán sus cien mil francos en la situación en que me hallo?—dijo el conde á su viejo amigo cuando se quedaron solos.—Ya veo que usted no conoce la extensión de mi desgracia.

Victoriano le explicó en el acto sus manejos, y Chesnel quedó petrificado al oírlos; tanto, que á no ser por su abnegación, hubiera sucumbido ante aquel golpe. Dos arroyos de lágrimas brotaron de sus ojos, que cualquiera hubiera creído secos, y durante algunos instantes se convirtió en un niño para mostrarse luego insensato como un hombre que viese arder su casa, y á través de una ventana, entre las llamas, la cuna de sus hijos y sus caballos relinchando al consumirse. Se irguió sobre sus pies, pareció crecer, levantó sus viejas manos al cielo, y agitándolas con gestos locos y desesperados, exclamó:

—Joven, que su padre muera sin saber nunca nada. Basta con ser falsificador, pero no sea usted parricida. ¿Huir? no, le condenarían á usted en rebeldía. Desgraciado muchacho, ¿por qué no ha falsificado usted mi firma? Yo hubiera pagado y no hubiera llevado al juez el cuerpo del delito. Yo no puedo nada. Usted me ha sumido en el último agujero del infierno. ¡Croisier! ¿Qué hacer? ¿qué partido tomar? Si hubiese usted matado á alguno, aun sería excusable; pero ¡una falsificación! ¡una falsificación! ¡Y el tiempo vuela!—dijo señalando al reloj con gesto amenazador.—Ahora necesitamos un pasaporte falso: el crimen atrae al crimen. Es preciso...—dijo haciendo una pausa—es preciso ante todo salvar la casa Esgrignon.

—Pero el dinero está en casa de la duquesa de Maufrigneuse—exclamó Victoriano.

—¡Ah!—repuso Chesnel—así queda una remota esperanza. ¿Podremos enternecer á Croisier, comprarle? Si quiere, le daremos todos los bienes de la casa. Me voy allá, voy á despertarle, á ofrecérselo todo. Por otra parte, no será usted el que habrá hecho la falsificación, seré yo. Yo iré á galeras, yo he pasado la edad de las galeras, y sólo podrán encerrarme.

—Pero si he escrito yo el cuerpo de la carta orden—dijo Victoriano; sin asombrarse de aquel insensato sacrificio.

—¡Imbécil! Perdón, señor conde. Debía usted habérselo

mandado escribir á José.—exclamó el anciano notario furioso. —Es un buen muchacho y hubiera cargado gustoso con la responsabilidad. Esto se acaba, ¡el mundo se desploma!—repuso el anciano sentándose agobiado.—Croisier es un tigre, cuidemos no despertarle. ¿Qué hora es? ¿Dónde está la carta orden? ¡En París! En París podría recogerse en casa de los Keller, que tal vez se prestarían á ello. ¡Ah! es asunto este en que todo se presta al peligro, y un solo mal paso nos pierde. De todos modos, es preciso dinero. Vamos, nadie sabe que está usted aquí. Viva encerrado en la bodega si es preciso. Yo me voy; corro á París, pues ya oigo la diligencia de Brest.

En un momento el anciano recobró la facultad de su juventud, su agilidad, su vigor; se hizo un paquete de viaje, tomó dinero, metió un pan de seis libras en el cuartito y encerró en él á su hijo adoptivo, diciéndole:

—No haga usted ruido; permanezca ahí hasta mi vuelta, sin luz por la noche, porque de lo contrario va á presidio. ¿Me oye usted, señor conde? Sí, á presidio, si en una villa como la nuestra supiese alguien que está usted ahí.

Y dicho esto, Chesnel salió de su casa después de haber ordenado á la criada que dijese que estaba enfermo; que no recibiese á nadie, que despidiese á todo el mundo y que aplazara todos los asuntos para tres días después. Acto continuo se fué á seducir al administrador de la diligencia; le contó una mentira y, para el caso de que sobrara asiento, logró la promesa de admitirle sin pasaporte, guardando profundo secreto acerca de su precipitada marcha. Afortunadamente, el coche llegó vacío.

Llegado al día siguiente por la noche á París, el notario se hallaba á las nueve de la mañana en casa de los Keller, donde supo que la fatal carta orden había sido enviada hacía tres días á Croisier; pero mientras tomaba estos informes no dijo nada comprometedor. Antes de dejar á los banqueros, les preguntó si entregando la suma podían devolver aquel documento; Francisco Keller respondió que el documento pertenecía á Croisier, único dueño de conservarlo ó de entregarlo. El anciano, desesperado, se fué á casa de la duquesa. A aquella hora la señora de Maufrigneuse no recibía á nadie, pero Chesnel, que conocía el valor del tiempo, se sentó en la antesala, escribió algunas líneas y las hizo llegar á manos de la señora de Maufrigneuse, seduciendo,

fascinando é interesando á los criados más insolentes y más inaccesibles del mundo. Aunque estaba aún en la cama, la duquesa, con gran asombro de sus criados, recibió en su cuarto al anciano notario, diciéndole:

—¿Qué hay? ¿qué quiere de mí el ingrato?

—Hay, señora duquesa, que usted tiene cien mil escudos nuestros—exclamó el buen hombre.

—Sí—dijo ella.—¿Qué significa?

—Esa suma es el resultado de una falsificación que nos llevará á galeras y que hemos hecho por amor á usted—dijo vivamente Chesnel.—¿Cómo no lo ha adivinado usted, que es tan inteligente? En lugar de reñir al joven, debí usted haberle interrogado, para salvarle deteniéndole á tiempo. Ahora, quiera Dios que la desgracia no sea irreparable. Vamos á necesitar de toda su influencia con el rey.

Al oír las primeras palabras, que la pusieron al corriente de este asunto, la duquesa, avergonzada de su conducta con un amante tan apasionado, temió ser tildada de cómplice, y en su deseo de demostrar que había conservado el dinero sin tocar en él, olvidó toda conveniencia, no consideró como hombre á aquel notario, y destapándose con violencia, se encaminó hacia su *secrète*, pasando ante el notario como uno de esos ángeles que se ven en las viñetas de Lamartine, y trasladándose después confusa al lecho, desde el cual tendió á Chesnel los cien mil escudos.

—Señora, es usted un ángel—le dijo (¡tenía que ser un ángel para todo el mundo!)—Pero no será esto todo—repuso el notario;—cuento con su apoyo para salvarnos.

—¿Salvarles? lo lograré, ó moriré en la contienda. Se necesita amar mucho para no recular ante un crimen. ¿Por qué mujer se ha hecho una cosa semejante? ¡Pobre niño! vaya usted, no pierda tiempo, mi querido señor Chesnel, y cuente conmigo como consigo mismo.

—¡Señora duquesa, señora duquesa!

El anciano notario estaba tan emocionado, que no supo decir más palabras que éstas. Lloraba, sentía deseos de bailar, pero por temor á volverse loco, se contuvo.

—Entre los dos le salvaremos—le dijo á la duquesa al marcharse.

Chesnel fué á ver también á José, el cual le abrió el *secrète* y la mesa en que estaban los papeles del joven conde, entre los cuales halló algunas cartas de Croisier y de los

Keller que podían llegar á serle útiles. Después tomó un asiento en una diligencia que salía inmediatamente y pagó á los postillones de modo que pudiesen hacer marchar á aquel pesado coche con tanta rapidez como el correo, pues halló dos viajeros que llevaban tanta prisa como él, con los cuales se puso de acuerdo para comer dentro del coche. La distancia fué recorrida con gran rapidez, y el notario entró en la calle del Bercail después de tres días de ausencia. Aunque eran las doce de la noche, el pobre anciano llegó demasiado tarde, pues cuando entraba por la puerta de su casa, vió gendarmes en el portal y al joven conde detenido. Ciertamente que si hubiese podido, hubiera matado á todos los agentes de policía y á los soldados; pero sólo se le ocurrió arrojarle al cuello de Victoriano, para decirle al oído:

—Si no logro echar tierra á este asunto, será preciso que usted se mate antes de que se pronuncie la sentencia.

Victoriano estaba en tal estado de estupor, que miró al anciano y respondió:

—¡Matarme!

—Sí; si no tiene usted valor, hijo mío, cuente conmigo—le dijo Chesnel estrechándole la mano.

A pesar del dolor que le causaba este espectáculo, el notario permaneció plantado sobre sus temblorosas piernas contemplando al hijo de su corazón, al conde de Esgrignon, al heredero de aquella gran casa conducido entre gendarmes, entre el comisario de policía, el juez de paz y el alguacil. El anciano no recobró su energía y su presencia de ánimo hasta que aquella tropa hubo desaparecido, hasta que no oyó ya el ruido de sus pasos y se restableció el silencio.

—Señor, va usted á constiparse—le dijo Brígida.

—¡Llévete el diablo!—exclamó el notario desesperado.

Brígida, que no había oído nada semejante en veintinueve años que servía á Chesnel, dejó caer la palmaria; pero sin tener en cuenta el espanto de Brígida, el amo, que no oyó la exclamación de su criada, empezó á correr hacia el Val Noble.

—¡Está loco! pero después de todo, ya hay para estarlo—se dijo la criada.—Pero ¿adónde va? me es imposible seguirlo. ¿Qué va á hacer? ¿Querrá ahogarse?

Brígida despertó al primer pasante y le envió á vigilar las orillas del río, que se había hecho tristemente célebre desde el suicidio de un joven lleno de porvenir y la reciente muerte

de una muchacha seducida. Chesnel se trasladaba á la casa de Croisier, pues ya no le quedaba más esperanza que él. Los delitos por falsificación no pueden ser perseguidos más que á instancias de parte, y si Croisier quería prestarse á ello, aun era posible hacer pasar la querrela por un error, y Chesnel esperaba poder comprar á aquel hombre.

Durante aquella velada, había ido á casa de los señores Croisier mucha más gente que de ordinario, y aunque este asunto había sido llevado en secreto entre el presidente del tribunal, señor Ronceret, el señor Sauvager, primer fiscal de la audiencia y el señor Coudrai, los señores Ronceret y Coudrai se lo habían confiado bajo secreto á uno ó dos amigos. La noticia había, pues, corrido de boca en boca entre la gente que acudía á casa del señor Croisier, y como todo el mundo comprendía la gravedad del asunto, no había nadie que se atreviese á hablar abiertamente de él. Por otra parte, el apego de la señora Croisier á la nobleza era tan conocido, que apenas se aventuró nadie á cuchichear acerca de la desgracia que ocurría á los Esgrignon, pidiéndose nuevos detalles. Los principales interesados esperaron pues, para hablar de ello, la hora en que la buena señora Croisier se retiraba á su dormitorio para cumplir allí sus deberes religiosos lejos de las miradas de su marido. En el momento en que la dueña de la casa desapareció, los adictos á Croisier que conocían el secreto y los planes de este gran industrial, se pasaron revista, vieron que había aún en el salón personas cuyas opiniones é intereses no inspiraban gran confianza y continuaron jugando. A eso de las once y media, no quedaron ya más que los íntimos, á saber: el señor Sauvager, el juez de instrucción señor Camusot y su mujer, los señores Ronceret, su hijo Fabián, los señores Coudrai y José Blondet, hijo mayor de un viejo juez, total diez personas.

Se cuenta que Talleyrand, á las tres de la mañana de una fatal noche, jugando en casa de la duquesa de Luynes, interrumpió el juego, colocó su reloj sobre la mesa y preguntó á los jugadores si el príncipe de Condé tenía más hijos que el duque de Enghien.

—¿Por qué pregunta usted una cosa que tan sabida tiene?—le preguntó la señora Luynes.

—Porque si el príncipe de Condé no tiene otro hijo, la casa de Condé queda extinguida.

Después de un momento de silencio, se reanudó el juego.

Ya porque conociese esta anécdota de la historia contemporánea, ya porque los príncipes pequeños se parecen á los grandes en los detalles de la vida política, es lo cierto que el presidente Ronceret procedió de un modo análogo. Miró la hora, é interrumpiendo el juego, dijo:

—En este momento detienen al señor conde de Esgrignon, y esta casa tan orgullosa queda deshonrada para siempre.

—¿De modo que han podido ustedes echarle el guante á ese muchacho?—preguntó Coudrai con alegría.

Todos los presentes, menos el presidente, el fiscal y Croisier, manifestaron repentino asombro.

—Acaba de ser detenido en casa de Chesnel, donde se hallaba escondido—dijo el fiscal adoptando aire de hombre capaz, con pretensiones de ministro.

Este señor Sauvager, primer substituto fiscal, era un hombre de veinticinco años, alto y delgado, de cara larga y cetrina, cabellos negros y ojos hundidos provistos de arrugados y morenos párpados. Tenía nariz de ave de rapiña, boca recogida y mejillas ajadas por el estudio y consumidas por la ambición. Ofrecía el tipo de esos seres secundarios que acechan las circunstancias y que están dispuestos á todo por medrar, pero que se mantienen en los límites de lo posible y dentro del decoro, antes que de la legalidad. Su aire de hombre importante denotaba claramente su condición servil. El secreto del retiro del joven conde le había sido comunicado por el sucesor de Chesnel, y él presumía de hombre de gran penetración. Esta noticia pareció sorprender vivamente al juez de instrucción señor Camusot, el cual había extendido á instancias de Sauvager la sentencia de prisión que tan pronto se había ejecutado. Camusot era un hombre de unos treinta años, pequeño, gordo, rubio, de carnes blandas y de tez livida, como casi todos los magistrados que viven encerrados en sus despachos ó en sus salas de audiencia. Tenía unos ojillos de color amarillo claro que denotaban esa desconfianza que pasa frecuentemente por la astucia.

La señora Camusot miró á su marido como para decirle:

—¿No tenía yo razón?

—De modo que la cosa seguirá adelante—dijo el juez de instrucción.

—Quién lo duda,—repuso Coudrai.—Teniendo cogido al conde, ya no hay ninguna dificultad.

—Hay el jurado—dijo el señor Camusot,—y para este

asunto, el señor prefecto sabría arreglarlo de manera que con las recusaciones ordenadas á la audiencia y las del acusado, no quedan más que personas favorables á la absolución. Mi opinión, señores míos, sería transigir—dijo dirigiéndose á Croisier.

—¡Transigir!—dijo el presidente.—¿Cómo es posible, estando ya el asunto en manos de la justicia?

—Condenado ó absuelto, el conde de Esgrignon no deja de quedar deshonrado para siempre—dijo el fiscal.

—Yo represento la parte civil y tendré á Dupin el mayor,—dijo Croisier.—Ya veremos cómo se escapa de sus garras la casa Esgrignon.

—¡Oh! ya sabrá ella defenderse y escoger un buen abogado en París. Tendrán ustedes enfrente á Berryer,—dijo la señora Camusot.—Donde las dan, las toman.

Croisier, el señor Sauvager y el presidente Ronceret, miraron al juez de instrucción movidos por un mismo pensamiento. El tono y la manera que tuvo la joven mujer de dirigirles el proverbio á las ocho personas que tramaban la pérdida de la casa Esgrignon, les causaron emociones que cada uno disimuló como saben disimular las gentes de provincias, acostumbradas por su coherencia continua á las astucias de la vida monacal. La pequeña señora Camusot notó el cambio de las caras tan pronto como se notó la oposición probable del juez á los designios de Croisier. Al ver á su marido descubrir el fondo de su pensamiento, había querido ella sondar la profundidad de aquellos odios y adivinar el interés que había tenido Croisier en conquistar al primer fiscal, que había obrado tan precipitadamente y tan en contra de las corrientes del poder.

—En todo caso, si para este asunto vienen abogados célebres de París, tendremos interesantes sesiones en la audiencia; pero el asunto morirá entre el juzgado y la audiencia, pues es de creer que el gobierno hará secretamente todo lo que pueda para salvar á un joven que pertenece á una gran familia y que es amigo de la duquesa de Maufrigneuse. De modo que no creo que tengamos escándalo.

—¡Qué fácilmente lo arregla usted, señora!—dijo severamente el presidente.—¿Cree usted que el tribunal que ha de instruir el proceso y que ha de juzgar primero, se va á dejar influir por consideraciones extrañas á la justicia?

—Los sucesos prueban lo contrario—contestó la señora

Camusot con malicia mirando al fiscal y al presidente que le dirigieron una fría mirada.

—Explíquese usted, señora—dijo el fiscal.—Habla usted como si nosotros no hubiésemos cumplido con nuestro deber.

—Las palabras de la señora no tienen ningún valor—dijo Camusot.

—¿Pero no han prejuzgado las del señor presidente una cuestión que depende de la instrucción del proceso?—repuso ella.—Y sin embargo, la instrucción no se ha hecho aún y el tribunal no ha dictado todavía sentencia.

—No estamos en la audiencia—le respondió el fiscal con acritud,—y por otra parte, nosotros lo sabemos todo.

—Yo creo, por el contrario, que el señor fiscal del rey lo ignora todo todavía—le replicó ella mirándole con ironía.—Va á tener que volver á toda prisa de la Cámara de diputados, y ustedes le van á procurar tal trabajo, que tal vez tenga que hacer uso de la palabra él mismo.

El substituto frunció sus pobladas cejas, y los interesados vieron escritos en su frente tardíos escrúpulos. Después de esto, se produjo un gran silencio durante el cual no se oía más que echar y levantar las cartas. Los señores Camusot, que se vieron tratados con frialdad, salieron para dejar hablar á los conspiradores á su antojo.

—Camusot—le dijo su mujer en la calle,—te has adelantado demasiado. ¿Por qué les has hecho sospechar que no secundarás sus planes? Te harán alguna trastada.

—¿Qué pueden contra mí? Soy el único juez de instrucción.

—¿No pueden calumniarte sordamente y provocar tu destitución?

En este momento, el matrimonio topó con Chesnel. El viejo notario reconoció al juez de instrucción, y con la luz de las gentes avezadas á los negocios, comprendió que el destino de la casa Esgrignon estaba en manos de aquel joven.

—¡Ah! señor—exclamó el buen notario—vamos á necesitarle á usted. No quiero decirle más que una palabra. Dispénsese, señora.

Como buena conspiradora, la señora Camusot miró de reojo á la casa Croisier, á fin de romper la conferencia en el caso de que alguien saliese, aunque juzgaba con razón á los enemigos ocupados en discutir el incidente que ella había

promovido. Chesnel llevó al juez á un rincón obscuro cerca de la pared, y acercándosele al oído, le dijo:

—La influencia de la duquesa de Maufrigneuse, la del duque de Cadiñán, la de los duques de Navarreins y de Lenoncourt, la del ministro, la del canciller, la del rey, con todas podrá usted contar si se pone de parte de la gran casa Esgrignon. Llego de París, lo sabía todo, y he corrido á explicarlo todo en la corte. Contamos con usted, y yo le guardaré el secreto. Si nos es usted hostil, vuelvo á marchar mañana mismo á París, y deposito en manos de Su Grandeza una queja por sospecha legítima contra el tribunal, algunos de cuyos miembros, además de ser amigos de Croisier, estaban esta noche en su casa, y han comido y han bebido en ella, contraviniendo así las leyes.

Chesnel hubiera hecho intervenir al Padre Eterno si hubiera tenido poder para ello. Dicho esto, dejó al juez sin esperar respuesta y se encaminó como un galgo hacia la casa de Croisier. Intimidado por su mujer á que le revelase las confidencias de Chesnel, el juez obedeció y fué acometido por ese:—¿No tenía yo razón, amigo mío? que las mujeres dicen también cuando no tienen razón, pero menos suavemente.

Al llegar á su casa, Camusot había confesado la superioridad de su mujer y reconoció la dicha de pertenecerle, confesión que preparó sin duda una noche feliz á los dos esposos. Chesnel encontró al grupo de sus enemigos que salía de casa de Croisier, y temió encontrarle acostado, lo cual hubiera considerado como una desgracia, pues se hallaba en una de esas circunstancias que exigen rapidez.

—¡Abra usted en nombre del rey!—le gritó al criado, que cerraba el vestibulo.

Acababa de invocar al rey ante un juez tan ambicioso, y seguía conservando esta palabra en sus labios sumido en un mar de confusiones, delirando. Abrieron. El notario se precipitó como un rayo en la antesala.

—Muchacho, te doy cien escudos si puedes despertar á la señora Croisier y enviármela al instante. Dile todo lo que quieras.

Chesnel se puso serio y grave al abrir la puerta del salón en que Croisier se paseaba dando grandes pasos. Aquellos dos hombres se midieron entonces durante un momento con una mirada que tenía de profundidad veinte años de odio

y de rencor. El uno tenía el pie sobre el corazón de la casa Esgrignon, y el otro avanzaba con la fuerza de un león para arrancárselo.

—Señor—dijo Chesnel,—le saludo muy humildemente. ¿Ha presentado usted la denuncia?

—Sí, señor.

—¿Desde cuando?

—Desde ayer.

—¿No se ha dictado más sentencia que la de prisión?

—Así lo creo—replicó Croisier.

—Vengo á tratar.

—La cosa está en manos de la justicia y nada puede detenerla, tiene que seguir su curso.

—No nos ocupemos de eso; estoy á sus órdenes, á sus pies.

El anciano Chesnel cayó de rodillas y tendiendo sus suplicantes manos á Croisier, le dijo:

—¿Qué necesita usted? ¿Quiere usted nuestros bienes, nuestro castillo? Tómelo todo, retire la denuncia, y no nos deje más que la vida y el honor. Además de todo lo que le ofrezco, seré su servidor, podrá usted disponer de mí.

Croisier dejó que el anciano siguiera arrodillado y se sentó en un sofá.

—Usted no es vengativo, usted es bueno, no nos odia tanto que no se preste á un arreglo—dijo el anciano.—Antes de amanecer, el conde estaría en libertad.

—Toda la villa sabe su detención—dijo Croisier saboreando su venganza.

—Es una gran desgracia; pero si no hay juicio ni pruebas, lo arreglaremos bien todo.

Croisier reflexionaba, Chesnel le creyó luchando con el interés y tuvo la esperanza de ganar á su enemigo mediante este gran móvil de las acciones humanas. En este momento supremo se presentó la señora Croisier.

—Venga usted, señora, ayúdeme á ablandar á su querido marido—dijo Chesnel, que seguía arrodillado.

La señora Croisier levantó al anciano, manifestando la más profunda sorpresa. Chesnel le contó lo ocurrido. Cuando la noble hija de los servidores de los duques de Alençon supo de lo que se trataba, se volvió con lágrimas en los ojos hacia Croisier y le dijo:

—¡Ah! señor, ¿puede usted vacilar? Los Esgrignon, el honor de la provincia.

—No se trata de eso—exclamó Croisier levantándose y reanudando su paseo.

—Pues ¿de qué se trata?—dijo Chesnel asombrado.

—Señor Chesnel, se trata de Francia; se trata del país, se trata del pueblo, se trata de hacer saber á esos señores nobles que hay una justicia, leyes, una burguesía y una pequeña nobleza que valen tanto como ellos y que los tiene cogidos. No se siegan diez campos de trigo para una liebre, no se lleva la deshonra á una familia seduciendo á pobres muchachas, no se debe despreciar á gentes que valen tanto como nosotros, y no se burla uno de ellos durante diez años sin que estos hechos no tomen proporciones y no produzcan avalanchas, y estas avalanchas caigan, aplasten y entierren á los señores nobles. Ustedes desean la restauración del antiguo orden de cosas, ustedes quieren destruir el pacto social, esa constitución donde están escritos nuestros derechos.

—¿Y á qué viene eso?—dijo Chesnel.

—¿No es una misión santa el instruir al pueblo?—exclamó Croisier;—él verá claro acerca de la moralidad de vuestro partido, cuando vea á los nobles yendo como Pedro ó Juan á la barra. Se dirá que los plebeyos que tienen honor valen más que los grandes que deshonran. La audiencia funciona para todo el mundo. Yo soy aquí el defensor del pueblo, el amigo de las leyes. Por dos veces me arrojaron ustedes mismos hacia el lado del pueblo, primero negándose á mi matrimonio y después desterrándome de su sociedad. Recogen ustedes lo que han sembrado.

Este principio asustó á Chesnel, así como á la señora Croisier. La mujer adquirió un horrible conocimiento del carácter de su marido y esto fué un resplandor que le iluminaba no sólo el pasado, sino también el porvenir. Parecía imposible hacer capitular á aquel coloso; pero Chesnel no reculó ante lo imposible.

—¿Cómo! señor, ¿no sabe usted perdonar? ¿No es usted cristiano?—dijo la señora Croisier.

—Señora, yo perdono como perdona Dios, con condiciones.

—¿Cuáles son?—dijo Chesnel, que creyó ver un rayo de esperanza.

—Van á venir las elecciones y quiero para mí los votos con que ustedes cuentan.

—Los tendrá—dijo Chesnel.

—Quiero que mi mujer y yo seamos recibidos familiarmente todas las noches y con amistad, aparente al menos, por el marqués de Esgrignon y por los suyos.

—No sé cómo lograremos eso, pero será usted recibido.

—Quiero una hipoteca de cuatrocientos mil francos fundada en una transacción escrita de este asunto, á fin de tener siempre un canon sobre vuestro corazón.

—Consentimos—dijo Chesnel sin confesar que llevaba encima los cien mil escudos,—pero estará el documento en mano de tercero y será devuelto á la familia después de su elección de usted y de realizado el pago.

—No, sino después del casamiento de mi sobrina la señorita Duval, que tal vez llegue á ser dueña algún día de cuatro millones. Esta joven será instituída heredera mía y de mi mujer en el contrato y usted hará de modo de casarla con el joven conde.

—¡Nunca!—dijo Chesnel.

—¿Nunca?—repitió Croisier embriagado con su triunfo.

—Buenas noches.

—¿Qué imbécil soy!—se dijo Chesnel.—¿Por qué regular ante una mentira con semejante hombre?

Croisier se fué, complaciéndose en anularlo todo en nombre de su orgullo herido, después de haber gozado de la humillación de Chesnel, de haber balanceado los destinos de la soberbia casa en quien se resumía la aristocracia de la provincia y de haber impreso la huella de su pie en las entrañas de los Esgrignon. Subió á su cuarto, dejando á su mujer con Chesnel. En medio de su embriaguez no veía nada contra su victoria; creía firmemente que los cien mil escudos habían sido gastados y que, para encontrarlos, la casa Esgrignon necesitaba vender ó hipotecar sus bienes. A sus ojos era, pues, inevitable el proceso. Los delitos de falsificación tienen siempre arreglo, cuando la suma sorprendida se restituye. Las víctimas de este delito son por lo regular gentes ricas á quienes no les importa ser causa de la deshonra de un hombre imprudente. Pero Croisier no quería renunciar á sus derechos, á no ser con su cuenta y razón. Se acostó, pues, pensando en la magnífica realización de sus esperanzas, ya por medio de la audiencia, ó bien con el pro-

puesto matrimonio, y gozaba oyendo la voz de Chesnel lamentándose á la señora Croisier. Profundamente religiosa y católica, realista y adicta á la nobleza, la señora Croisier participaba de las ideas de Chesnel con respecto á los Esgrignon; de modo que todos sus sentimientos acababan de ser heridos. Aquella buena realista había oído los aullidos del liberalismo que, según su director espiritual, ansiaba la ruina del catolicismo. Para ella, la extrema izquierda era el 1793 con la sedición y el patíbulo.

—¿Qué diría su tío de usted, aquel santo que nos escucha?—exclamó Chesnel.

La señora Croisier sólo respondió derramando gruesas lágrimas, que corrían por sus mejillas.

—Ustedes han sido ya causa de la muerte de un pobre muchacho y del duelo eterno de su madre—repuso Chesnel al ver cuan bien apuntaba, y hubiera apuntado hasta destruir aquel corazón por salvar á Victoriano.—¿Quieren ustedes asesinar á la señorita Armanda, que no sobreviviría ocho días á la infamia de su casa? ¿Quieren ustedes asesinar al pobre Chesnel, su antiguo notario, que matará al joven conde en la cárcel antes de que le condenen y que se matará después para no tener que comparecer como culpable de un asesinato?

—Amigo mío, ¡basta! ¡basta! Yo soy capaz de todo para enterrar este asunto, pero no he acabado de conocer por completo á Croisier hasta hace unos instantes... A usted ya puedo confesárselo... no hay medio posible.

—¿Y si lo hubiese?—preguntó Chesnel.

—Daría la mitad de mi sangre por conocerlo—respondió acompañando sus palabras de un movimiento de cabeza que indicaba sus deseos de salir airosa.

Semejante al Primer Consul, que vencido en los campos de Marengo hasta las cinco de la tarde, á las seis obtuvo la victoria mediante el ataque desesperado de Desaix y la terrible carga de Kellerman, Chesnel vió los elementos del triunfo en medio de las ruinas. Era preciso ser Chesnel, era preciso ser notario viejo, intendente viejo y pasante de maese Sorbier, eran necesarias las iluminaciones repentinas de la desesperación para ser tan grande como Napoleón y hasta más grande: esta batalla no era Marengo, sino Waterloo, y Chesnel quería vencer á los prusianos viéndoles llegar.

—Señora, usted cuyos negocios he dirigido durante

veinte años, usted que es el honor de la burguesía, como los Esgrignon son el honor de la nobleza de esta provincia, sepa que depende ahora de usted sola el salvar á la casa Esgrignon. Ahora responda usted: ¿dejará deshonorar á los manes de su tío, á los Esgrignon y al desgraciado Chesnel? ¿Quiere usted matar á la señorita Armanda, que llora? ¿Quiere usted purgar sus culpas regocijando á sus antepasados, los intendentes de los duques de Alençon, consolando los manes de nuestro querido abate que, si pudiese salir de su tumba le encargaría que hiciese lo que yo le pido de rodillas?

—¿Qué?—exclamó la señora Croisier.

—¡Pues bien! he aquí los cien mil escudos—dijo sacando del bolsillo el paquete de billetes del banco. Acéptelos usted y todo habrá acabado.

—Si no se trata más que de eso—repuso—y si no puede resultar nada malo contra mi marido...

—Nada que no sea bueno—dijo Chesnel.—Usted le evita las venganzas eternas del infierno á costa de una pequeña contrariedad aquí abajo.

—¿No tendré compromiso ninguno?—preguntó la buena mujer mirando á Chesnel.

Chesnel leyó entonces en el fondo del alma de aquella pobre esposa. La señora Croisier vacilaba entre dos religiones, entre los mandatos que la Iglesia ha trazado á las esposas y sus deberes para con el trono y el altar; consideraba vituperable á su marido y no se atrevía á vituperarlo, hubiera querido poder salvar á los Esgrignon y no quería hacer nada contra los intereses de su marido.

—En nada—dijo Chesnel;—su anciano notario se lo jura sobre los santos Evangelios.

A Chesnel no le quedaba ya nada que ofrecer á la casa de Esgrignon más que su salvación eterna, y la arriesgó diciendo una horrible mentira; pero era preciso engañar á la señora Croisier ó perecer. Inmediatamente redactó él mismo y dictó á la señora Croisier un recibo de cien mil escudos fechado cinco días antes de la fatal letra de cambio, en una época en que recordó la ausencia de Croisier que había ido á dirigir ciertas mejoras en las posesiones de su mujer.

—¿Me jura usted declarar ante el juez de instrucción que ha recibido esta suma el día indicado?—dijo Chesnel cuando la señora Croisier tuvo los cien mil francos y él poseía aquel documento.

—¿No será una mentira?

—Oficiosa—contestó Chesnel.

—No me atrevo á hacerle sin consultar á mi director el cura señor Couturier.

—Pues bien—dijo Chesnel,—obre usted en este asunto según sus consejos.

—Se lo prometo á usted.

—No le entregue la suma al señor Croisier hasta después de haber comparecido ante el juez de instrucción.

—Ya—contestó ella.—¡Ay de mí! ¡que Dios me dé fuerzas para comparecer ante la justicia humana sosteniendo una mentira.

Después de haber besado la mano de la señora Croisier, Chesnel se irguió majestuosamente como uno de los profetas pintados por Rafael en el Vaticano.

—El alma de su tío se estremece de gozo, y ha borrado usted para siempre la falta de haberse casado con el enemigo del altar y del trono.

Estas palabras impresionaron vivamente el alma timorata de la señora Croisier. Chesnel pensó en seguida en poner de su parte al abate Couturier, director espiritual de la señora Croisier. El notario sabía la terquedad que emplean los devotos en el triunfo de sus ideas una vez que se han empeñado en un partido, y quiso comprometer lo antes posible á la Iglesia poniéndola de su parte. Se fué, pues, al palacio Esgrignon, despertó á la señorita Armanda, le comunicó los acontecimientos de la noche y la encaminó al Obispado para atraer al prelado en persona al campo de batalla.

—¡Dios mío! tú debes salvar á la casa Esgrignon—exclamó Chesnel dirigiéndose á su casa con paso lento.— El asunto se convierte ahora en una lucha judicial. Tenemos enfrente hombres de grandes pasiones y de intereses, y podemos obtenerlo todo de ellos. Este Croisier ha aprovechado la ausencia del Fiscal del Rey que nos es adicto, pero que está en París desde que se abrieron las Cortes. ¿Qué habrán hecho para conquistar al primer sustituto, que dió curso á la querrela sin consultar á su jefe? Mañana por la mañana habrá que penetrar este misterio, estudiar el terreno y tal vez, después de haber recogido los hilos de esta trama me volveré á París á fin de poner en juego las grandes influencias por mediación de la señora de Maufrigneuse.

Tales eran los razonamientos del pobre viejo, atleta que

veía las cosas con claridad y que se acostó medio muerto bajo el peso de tantas emociones y de tantas fatigas. Sin embargo, antes de dormirse dirigió una escudriñadora mirada á los magistrados que componían el tribunal, á fin de ver cuáles eran sus probabilidades de éxito en esta lucha y cuáles se dejarían influir por recomendaciones. Dando una forma sucinta al largo examen de conciencias que hizo Chesnel, tal vez resulte aquí un breve cuadro de la magistratura de provincias.

Los jueces y los demás empleados del Gobierno, obligados á empezar su carrera en provincias donde se agitan las ambiciones judiciales, ven todos con ambición París y todos aspiran á brillar en este vasto teatro, donde se juzgan los grandes políticos y donde la magistratura está enlazada con los grandes intereses palpitantes de la sociedad. Pero este paraíso de los curiales admite pocos elegidos y las nueve décimas partes de los magistrados tienen que ser destinados tarde ó temprano á provincias. Así es que toda audiencia real de provincias ofrece dos partidos bien marcados: el de los ambiciosos cansados de esperar y contentos con la excesiva consideración que se tiene en provincias á los magistrados, ó halagados por una vida tranquila, y el de los verdaderos talentos, á los que el deseo de medrar agujonea sin cesar dándoles una especie de fanatismo por su sacerdocio. En esta época el realismo animaba á los jóvenes magistrados contra los enemigos de los Borbones. El sustituto más insignificante soñaba con requisitorias y hacía mil votos por topár con uno de esos procesos políticos que poniendo de relieve á un hombre, atraen la atención del ministerio y sirven para hacerle ascender. ¿Quién en las audiencias no sentía envidia por aquella en que estallaba una conspiración bonapartista? ¿Quién no deseaba encontrar un Carón ó un Bertán? Estas ardientes ambiciones, estimuladas por la gran lucha de los partidos, apoyadas en la razón de Estado y en la necesidad de monarquizar á Francia, eran previsoras, perspicaces, hacían con rigor de agentes de policía y espiaban las poblaciones lanzándolas por la senda de la obediencia, de la que no debieran salir. La justicia, fanatizada entonces por la fe monárquica, reparaba los daños de los antiguos Parla-mentos é iba de acuerdo tal vez demasiado ostensiblemente con la religión. Ella fué entonces más celosa que hábil, y pasó, más bien que por maquiavelismo, por la necesidad de

sus miras, que parecieron hostiles á los intereses generales del país, al que ella procuraba poner al abrigo de las revoluciones. Pero considerada en conjunto, la justicia contenía aún demasiados elementos burgueses, era demasiado accesible á las pasiones mezquinas del liberalismo, y tarde ó temprano tenía que llegar á ser constitucional, afiliándose á la burguesía el día que estallase la lucha. En este gran cuerpo, como en la administración, hubo hipocresía, ó mejor dicho, un espíritu de imitación que lleva á Francia á amoldarse siempre á la corte y á engañarla de este modo inocentemente.

Estas dos clases de fisonomías judiciales existían en el tribunal que había de decidir de la suerte del joven conde de Esgrignon. El presidente señor Ronceret y un viejo juez llamado Blondet representaban allí á esos magistrados resignados á no ser más de lo que son y á permanecer para siempre en su pueblo. El partido joven y ambicioso, contaba al señor Camusot, juez de instrucción, y al señor Michu, nombrado juez suplente mediante la protección de la casa de Cinq-Cygne, y que debía pasar á la primera ocasión á la audiencia real de París.

Seguro de no ser destituido, gracias á la inamovilidad judicial, y como no fuese acogido por la aristocracia con toda la consideración que él deseaba, el presidente Ronceret se había decidido por la burguesía, dando á su desconcierto el aspecto de independencia y sin saber que sus opiniones le condenaban á ser presidente toda la vida. Una vez sumido en esta senda, fué llevado por la lógica de las cosas á cifrar su esperanza de ascenso en el triunfo de Croisier y del partido avanzado, sin tener en cuenta que así no daba gusto á la prefectura ni á la audiencia real. Obligado á guardar ciertas consideraciones al poder, resultaba sospechoso para los liberales, y por lo tanto no tenía ascendiente en ningún partido, pues se veía forzado á dejar á Croisier el cuidado de formar la candidatura, desempeñando así un papel secundario. La falsedad de su posición influía en su carácter, que era ya de suyo agrio y descontentadizo. Hastiado de su ambigüedad política, había resuelto ponerse al frente del partido liberal y dominar así á Croisier. Su conducta en el asunto del conde Esgrignon fué su primer paso en esta senda. Ronceret representaba admirablemente ya á esa burguesía que eclipsa con sus pasioncillas los grandes intereses del país, caprichosa en política, que está hoy en pro y ma-

niana en contra del poder, que lo compromete todo y no salva nada, que se desespera ante el mal que causa y que continúa haciéndolo, que no quiere reconocer su pequeñez, que causa mil trastornos al gobierno diciendo ser su criado, que es á la vez humilde y arrogante, que pide al pueblo una subordinación que ella no tiene para la realeza, y que inquieta continuamente á las gentes superiores deseando ponerlas á su nivel, como si la grandeza pudiese ser pequeña y como si el poder pudiese existir sin fuerza.

Este presidente era un hombre alto y delgado, de frente deprimida, cabellos cenecios y castaños, ojiblanco, tez barrosa y labios recogidos. Su voz opaca dejaba oír el sordo silbido del asma, y estaba casado con una mujer alta y desgarbada, que adoptaba las modas más ridículas y que se emperifollaba excesivamente. La presidenta se daba aires de reina, usaba ropa de colores muy chillones y no iba nunca al baile sin esos turbantes á que tan aficionadas son las inglesas y que se cultivan con amor en provincias. Dueños ambos de cuatro ó cinco mil francos de renta, reunían con el sueldo de la presidencia unos doce mil francos. A pesar de su tendencia á la avaricia, recibían una vez por semana á fin de satisfacer su vanidad. Fieles á las antiguas costumbres de la villa, en que Croisier introducía el lujo moderno, los señores Ronceret no habían operado ningún cambio, desde su matrimonio, en la antigua casa donde vivían, perteneciente á la señora. Esta casa, que tenía una fachada que daba al patio y otra al jardinito, ofrecía, vista desde la calle, una vieja pared triangular y grisácea perforada por una ventana en cada piso. El patio y el jardín estaban cercados por un muro alto á lo largo del cual se extendían, en el jardín, una calle de castaños, y, en el patio, las dependencias para los criados. En la parte de la calle que daba al jardín, se veía una verja de hierro toda oxidada, y en el patio, entre dos testeros del muro, había una gran puerta cochera terminada por una inmensa concha. Esta concha se hallaba también encima de la puerta de la fachada. Todo era allí sombrío, ahogado, sin aire. La pared medianera tenía ventanas enrejadas, cual si fuesen de una cárcel. Las flores parecían desprenderse de los cuadritos de aquel jardinito, en el que los transeuntes podían ver, por la reja, lo que se hacía en él. En el piso bajo, después de una gran antesala con luces al jardín, se entraba en el salón, una de cuyas ventanas daba á la

calle y que además tenían una puerta vidriera que daba á la escalinata del jardín. El comedor, de tamaño igual al salón, estaba al otro lado de la antesala. Estas tres piezas armonizaban con aquel conjunto melancólico. Dos techos, entrecortados por esas enormes vigas pintadas, obstruían la mirada. Las pinturas, de tonos chillones, estaban viejas y ahumadas. El salón, decorado con grandes cortinas de seda de color encarnado, comido por el sol, estaba provisto de un mobiliario pintado de blanco y tapizado con tapiz de Beauvais de colores pasados ya. Sobre la chimenea se veía un reloj del tiempo de Luis XV entre dos girándolas cuyas amarillas bujías no se encendían más que los días en que la Presidenta le quitaba el forro verde á una araña vieja con colgantes de cristal de roca. Tres mesas de juego con tapete verde raído y un chaquete bastaban para distracción de los concurrentes, que eran generalmente obsequiados por la señora Ronceret con sidra, castañas, tortas, vasos de agua con azúcar y horchata hecha en su casa. Hacía algún tiempo que había adoptado la costumbre de dar un té acompañado de pastas bastante ordinarias. Cada trimestre, los Ronceret daban una gran comida, de la que se hablaba en toda la villa y que era servida en una vajilla detestable, pero aderezada sin embargo, con la ciencia que distingue á las cocineras provincianas. Aquellas comidas gargantuescas duraban seis horas y el presidente procuraba en ellas oponer su abundancia de avaro á la elegancia de Croisier. De esta suerte, la vida y los accesorios de la casa del presidente estaban en armonía con su carácter y su falsa posición. Se aburría Ronceret en su casa sin saber por qué, pero no se atrevía á hacer ningún gasto para cambiar aquel estado de cosas, pues le halagaba demasiado el hecho de ahorrar siete ú ocho mil francos anuales para poder establecer ricamente á su hijo Fabián, que no había querido ser ni magistrado, ni abogado, ni administrador, y cuya holgazanería le desesperaba. En este punto, el presidente estaba en pugna con su vicepresidente señor Blondet, anciano juez, cuyo hijo estaba en relaciones hacía algún tiempo con la familia Blandureau. Estos ricos comerciantes en telas, tenían una hija única á la que el presidente deseaba casar con Fabián. Como el matrimonio de José Blondet dependía de su nombramiento de Juez suplente, que el anciano Blondet esperaba obtener presentando su dimisión, el presidente Ronceret contrariaba en secreto los

pasos del juez y procuraba atraerse á los Blandureau. A no haber sido por el asunto del joven conde de Esgrignon, tal vez los Blondet hubieran sido suplantados por el presidente, cuya fortuna era muy superior á la de su competidor.

La víctima de las maniobras de este presidente maquiavélico, el señor Blondet, una de esas curiosas figuras enterradas en provincias como medallas viejas en una cripta, tenía entonces unos sesenta y siete años, que llevaba muy bien; era de elevada estatura y su color y aspecto recordaban á los canónigos del buen tiempo. Su rostro, plagado de marcas de viruela que le habían deformado la nariz, no carecía de fisonomía, pues tenía un color encarnado muy igual y estaba iluminado por dos ojillos muy vivos, sardónicos generalmente, y animado por un cierto movimiento satírico en sus violáceos labios. Abogado antes de la revolución, había sido fiscal, pero fiscal de los más bonachones. El buen Blondet, como le llamaban, había suavizado la acción revolucionaria diciendo sí á todo y no ejecutando nada. Obligado á encarcelar á algunos nobles, había empleado tal parsimonia en sus procesos, que les hizo llegar al 9 de Thermidor con una maña que le valió la estimación general. Ciertamente que el señor Blondet hubiera debido ser presidente de la audiencia, pero cuando la reorganización de los tribunales fué postergado por Napoleón, cuyo desafecto á los republicanos se dejaba ver en los menores detalles de su gobierno. La calificación de fiscal de la Revolución escrita al margen del nombre de Blondet, contribuyó á que Napoleón le preguntase á Cambacerés si no había en el país algún vástago de alguna familia parlamentaria que pudiese ser puesto en su lugar, y entonces fué nombrado Ronceret, cuyo padre había sido consejero del Parlamento. A pesar de la repugnancia del Emperador, el archicanciller sostuvo á Blondet de juez en beneficio de la justicia, diciendo que el anciano abogado era uno de los jurisconsultos más distinguidos de Francia. El talento del juez, sus conocimientos del derecho antiguo y de la nueva legislación debían haberle llevado muy lejos; pero como todos los genios, despreciaba soberanamente sus conocimientos judiciales y se ocupaba casi exclusivamente de una ciencia ajena á su profesión, para la cual reservaba sus pretensiones, su tiempo y su capacidad. El buen hombre sentía una pasión loca por la horticultura, estaba en corres-

pondencia con los aficionados más célebres, tenía la ambición de crear nuevas especies, se interesaba por los descubrimientos de botánica y vivía, en fin, en el mundo de las flores. Como todos los floristas, sentía predilección por una planta, y su planta favorita era el *pelargonium*. La audiencia, sus procesos y su vida real no era, pues, nada al lado de la vida fantástica y llena de emociones que hacía el anciano, cada día más enamorado de sus inocentes sultanas. Los cuidados que prodigaba á su jardín y las dulces costumbres del horticultor clavaron al buen hombre Blondet en su invernadero. A no ser por esta pasión, tal vez hubiera sido nombrado diputado cuando el imperio y habría sin duda brillado en el cuerpo legislativo. Su matrimonio fué otra razón para su vida oscura. A la edad de cuarenta años cometió la locura de casarse con una joven de diez y ocho, de la que tuvo al primer año de su matrimonio un hijo llamado José. Tres años después, la señora Blondet, que era entonces la mujer más guapa de la villa, inspiró al prefecto una pasión que terminó con su muerte, y tuvo de él, á sabiendas de toda la villa y del mismo Blondet, un niño llamado Emilio. La señora Blondet, que hubiera podido estimular la ambición de su marido y quitarle la afición á las flores, favoreció el gusto del juez por la botánica, y no quiso dejar la villa, como el prefecto no quiso cambiar de prefectura mientras vivió su querida. Incapaz de sostener á su edad una lucha con una joven, el magistrado se consoló en su invernadero y tomó una criada muy bonita para cuidar su serrallo de bellezas incesantemente diversificadas. Mientras que el juez trasplantaba, regaba, limpiaba y variaba sus flores, la señora Blondet gastaba sus bienes en perfumes y en modas para brillar en los salones de la prefectura; un solo interés, la educación de Emilio, que era indudablemente parte integrante de su pasión, era lo único que podía hacerle olvidar los cuidados de aquel afecto que la villa llegó á admirar. Aquel hijo del amor era tan guapo y listo, como torpe y feo era José. El anciano juez, cegado por el amor paterno, amaba tanto á José como su mujer quería á Emilio. Durante doce años, el señor Blondet dió pruebas de una resignación perfecta y cerró los ojos á los amores de su mujer, conservando una actitud noble y digna á la manera de los grandes señores del siglo xviii; pero como todas las gentes aficionadas á la vida tranquila, sentía un

odio profundo contra su hijo menor, y, en 1818, á la muerte de su mujer, expulsó al instruso enviándole á estudiar la carrera de derecho á París, con una pensión de mil doscientos francos, á la que por ningún concepto quiso añadir un óbolo. Sin la protección de su verdadero padre, Emilio Blondet hubiera estado perdido. La casa del juez es una de las más bonitas de la villa. Situada casi enfrente de la prefectura, tiene un patio muy limpio que da á la calle principal, patio que estaba cercado por una reja de hierro contenida entre dos pilares de ladrillo. Entre cada uno de estos pilares y la casa vecina se hallan otras dos rejas fijadas también en paredes de ladrillo de un metro de altura. Este patio, que tiene diez toesas de ancho y veinte de largo, está dividido en dos cuadros de flores por la acera de ladrillo que conduce de la reja á la puerta de la casa. Estos dos cuadros, renovados cuidadosamente, ofrecen á la admiración pública sus triunfales ramilletes en todas las estaciones. Desde el pie de estos dos cuadros de flores asciende, sobre las paredes de las dos casas vecinas, una magnífica capa de plantas trepadoras. Los pilares están envueltos con madreselvas y adornados con dos tiestos, en los que unos cactus aclimatados ofrecen á las miradas asombradas de los ignorantes sus monstruosas hojas plagadas de sus punzantes defensas, que parecen ser debidas á una enfermedad botánica. La casa, construída con ladrillo y cuyas ventanas están rodeadas de un margen de ladrillo también, muestra su sencilla fachada animada con persianas de un color verde muy vivo. Su puerta vidriera permite ver por un largo corredor, al extremo del cual hay otra puerta vidriera, la calle principal de un jardín de unas dos fanegas. Los cuadros de flores de este cercado se ven á veces por las ventanas del salón y del comedor, que se corresponden entre sí como las del corredor. Del lado de la calle, el ladrillo ha tomado después de dos siglos un color oxidado entremezclado de tonos verdosos, en armonía con la frescura de sus cuadros y de sus arbustos. Al viajero que atraviesa la villa le es imposible no fijarse en aquella casa tan graciosamente situada, florida y musgosa hasta en el tejado.

Además de esta vieja casa, en la que nada había cambiado hacía un siglo, el juez poseía unos cuatro mil francos de renta en tierras. Su venganza, bastante legítima, consistía en

hacer pasar su casa, sus tierras y su destino á su hijo José, y la villa entera conocía sus intenciones. El anciano había hecho un testamento en favor de su hijo, testamento en el cual lo mejoraba en todo lo que el código permite que un padre mejore á un hijo en detrimento del otro. Además, el buen hombre atesoraba hacía quince años con objeto de dejar á aquel necio la suma necesaria para que diese á su hermano Emilio la porción que no podía quitarle. Arrojado de la casa paterna, Emilio Blondet había sabido conquistar una brillante posición en París, pero más moral que positiva. Su pereza, su abandono y su despreocupación habían desesperado á su verdadero padre, el cual, destituido en una de las reacciones ministeriales tan frecuentes cuando la Restauración, había muerto casi arruinado dudando del porvenir de un muchacho dotado por la naturaleza de las cualidades más brillantes. Emilio Blondet estaba sostenido por la amistad de una de las Troisville, casada con el conde de Montcornet, á quien había conocido antes de casarse. Su madre vivía aún en el momento en que los Troisville volvían de la emigración, y la señora Blondet, que estaba emparentada con esta familia, aunque su parentesco era lejano, pudo introducir en ella á Emilio. La pobre mujer presentía el porvenir de su hijo y le veía huérfano, pensamiento que hacía su muerte doblemente amarga; así es que le buscó protectores y supo relacionar á Emilio con la mayor de las señoritas de Troisville, á la que gustó infinitamente, no obstante lo cual no pudo casarse con él. Aquellas relaciones fueron semejantes á las de Pablo y Virginia. La señora Blondet procuró dar dirección á aquel mutuo afecto, que debía pasar como pasan ordinariamente esas niñerías, pero por medio del cual podía encontrar su hijo un apoyo en la familia Troisville. Cuando la señora Blondet, moribunda ya, supo el matrimonio de la señorita Troisville con el general Montcornet, fué á rogarle solemnemente que no abandonase nunca á Emilio y que lo patrocinase en el mundo parisiense, donde la fortuna del general la llamaba á brillar. Afortunadamente para él, Emilio se protegió á sí mismo. A los veinte años se dió á conocer como un maestro en el mundo literario. Su éxito no fué menor tampoco en la sociedad escogida que le hizo frecuentar su padre, el cual pudo en un principio atender á los gastos del joven. Aquella celebridad precoz y la hermosa figura de Emilio, contribuyeron sin duda á estrechar los lazos de

amistad que le unían con la condesa. Tal vez la señora de Montcornet, que llevaba sangre rusa en las venas (su madre era hija de la princesa Sherbellof), hubiese renegado de su amigo de la infancia de haberle visto pobre y luchando contra los obstáculos de la vida parisiense y literaria; pero cuando llegaron los apuros de la vida aventurera de Emilio, su apego era ya inalterable por ambas partes. En este momento, Blondet, á quien el joven Esgrignon encontró en París en su primera cena, pasaba por una de las lumbreras del periodismo, se le atribuía una gran superioridad en el mundo político y gozaba de gran reputación. El buen anciano Blondet ignoraba por completo el poder que el gobierno constitucional había dado á los periódicos, y como nadie se atrevía á hablarle de un hijo á quien odiaba, ignoraba el porvenir y el poder de aquel hijo maldito. La integridad del juez igualaba á su pasión por las flores, pues no conocía más que el derecho y la botánica. Recibía á las partes, los escuchaba, hablaba con ellos y les enseñaba sus flores, aceptaba de ellos preciosas semillas, pero en su asiento pasaba á ser el juez más imparcial del mundo. Su manera de proceder era tan conocida, que los litigantes no iban ya á verle más que para entregarle documentos que pudiesen hacerle ver la verdad, sin que nadie intentase engañarle. Su saber, sus luces y su despreocupación por su talento le hacían tan indispensable á Ronceret, que á no ser por sus razones matrimoniales, el presidente hubiera contrariado también secretamente por todos los medios posibles la petición del juez en favor de su hijo, pues si el sabio anciano dejaba el tribunal, el presidente quedaba imposibilitado para formular un juicio. El buen viejo Blondet no sabía que en pocas horas su hijo Emilio podía realizar sus deseos. Vivía con una sencillez digna de los héroes de Plutarco: por la noche estudiaba los procesos, por la mañana cuidaba las flores y durante el día administraba justicia. La bonita criada, que se había vuelto madura y arrugada como una manzana de Pascuas, cuidaba la casa siguiendo los usos y costumbres de una avaricia rigurosa. La señorita Cadot llevaba siempre consigo las llaves de los armarios y del frutero; era infatigable: iba ella misma al mercado, hacía la comida y arreglaba las habitaciones y no dejaba nunca de oír misa por la mañana. Para formarse una idea de la vida interior de este hogar, bastará decir que el padre y el hijo no comían nunca más que frutas medio